

JOSÉ LUIS CANO: MEMORIA DE LA PALABRA

Alejandro Sanz / Ateneo de Madrid.

La muerte es una palabra definitiva e indefinible. Toda palabra es muerte en su silencio hasta que alguien la pronuncia, la reinventa, la convierte en sonido, en mensaje, en esperanza, en dolor... De la emoción se llega a las palabras, en una necesidad de salvar del olvido esa verdad que, de alguna forma, nos afecta; en un intento de dejar una huella en la que reconocernos y por la que alguien, tal vez, pudiera también reconocerse. Escribimos para no sentirnos solos, para escucharnos -desde esa distancia siempre reveladora que nos invita a la reflexión-, para comunicar una verdad que nos hiere o ilumina, que nos hace o destruye, para compartir una experiencia. Acaso también para que esa experiencia quede, perdure y nos suceda. Sin embargo la historia no siempre es justa y la memoria, a veces, débil. Los poetas son los que más sobreviven pero de los que menos se acuerdan. Es como si vivieran más en sus nombres que en sus obras. La referencia a ellos es constante pero acaso limitada.

José Luis Cano pensaba firmemente que, más que la voluntad, lo que decidía la vida de un hombre era la casualidad, el azar. Y se remontaba frecuentemente a esa Málaga de 1928 para justificar tal aseveración. Allí conoció, por medio de Darío Carmona -un compañero suyo de estudios- a Emilio Prados -del que en este año se celebrará, si hay memoria, el centenario de su nacimiento-. Y fue Emilio Prados -que por entonces dirigía y componía en su Imprenta Sur, con la ayuda siempre inestimable de su otro compañero de Generación, Manuel Altolaguirre, la revista *Litoral* y sus espléndidos suplementos literarios- quien habría de convertirse, a raíz de este encuentro, en su primer mentor poético. Prados le regaló los primeros libros de Lorca, de Cernuda, de Aleixandre, de Juan Ramón, de Antonio Machado, de Rubén Darío. Y fueron estos libros los que ya le llevaron a la poesía, estos libros y su amistad, esa amistad de tono limpio y absoluto que se mantuvo hasta el último día de su vida, en su doloroso exilio mexicano. José Luis le llamaba a esto casualidad, pero la casualidad no contradice el destino, y el destino fue que un poeta despertara la consciencia adolescente de otro. Fue Emilio Prados pero, igualmente, hubiera sido Emilio Prados.

Ponencias

José Luis Cano siempre me ha recordado, con emoción, las charlas diarias que mantenía, a lo largo del puerto de Málaga o del Paseo de la Farola, con Emilio; charlas en las que éste le hablaba de poesía, de su amistad con Federico García Lorca -a quien conoció también en Málaga y con el que compartió la temporada universitaria de 1918-1920 en la Residencia de Estudiantes-, de la necesidad de amar, de la obligación moral de ayudar a quien menos tiene... Durante muchos años hubo una relación muy directa y personal entre Emilio y José Luis. Luego la dictadura de Primo de Rivera los separaría, ya que el padre de Cano -militar- fue destinado al Gobierno de Alicante. Más tarde la guerra, hasta 1945 en que empezarían a cartearse como si no hubiera pasado el tiempo.

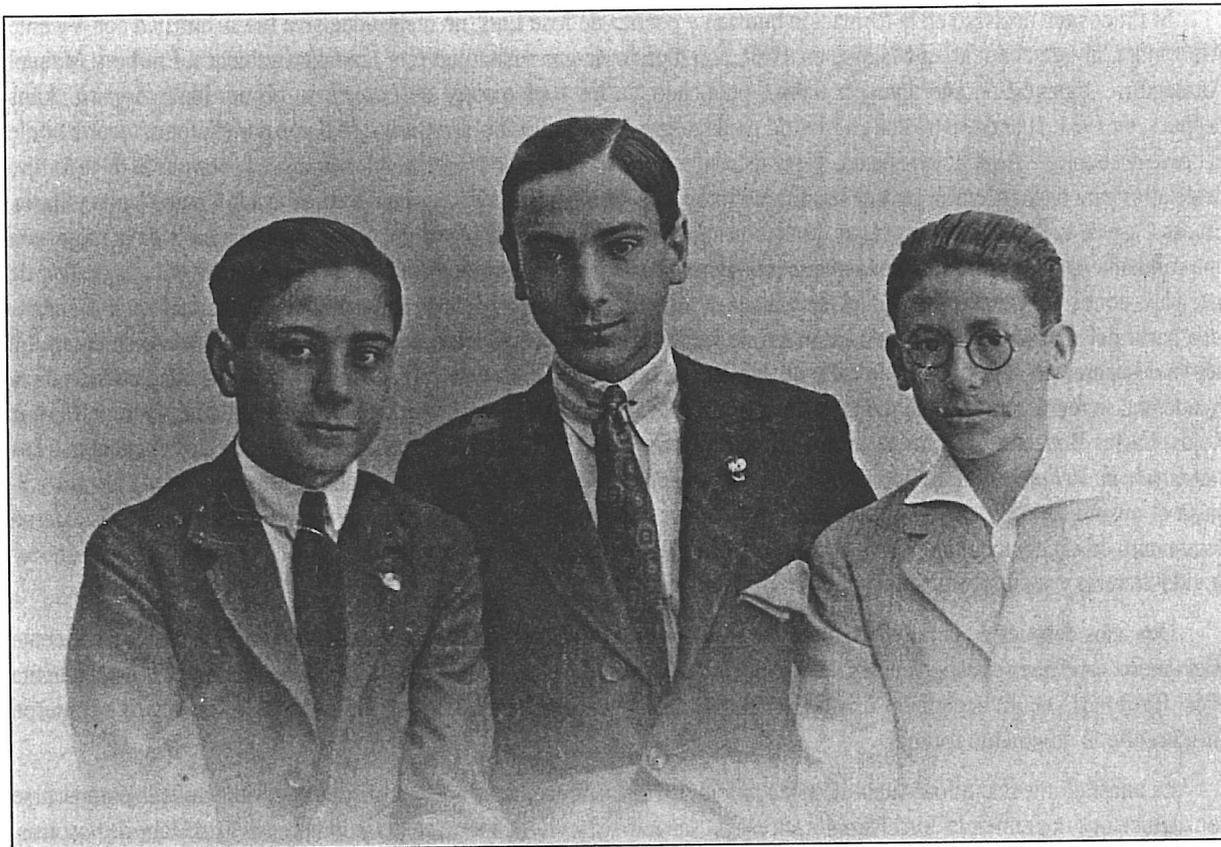
La personalidad de Emilio Prados fue del todo beneficiosa para el desarrollo humano y poético del joven José Luis. La talla humana de ambos poetas es, en esencia, de la misma naturaleza. Como recuerda Cano en *Los cuadernos de Adrián Dale*, Emilio detestaba brillar, exhibirse. Prefirió siempre sus playas malagueñas, el barrio de pescadores de El Palo, donde enseñaba a los hijos de éstos a leer, y a los que se ofrecía como amigo y padre. Para José Luis, Prados brilló en el anonimato, no sólo en España sino también en México. Su infinita bondad y el alto concepto que tenía de la poesía y de la creación le alejó de los oropeles literarios. A su lado -comentaba José Luis- uno se sentía iluminado por dentro; tal era la luz vivísima que desprendía su espíritu. Y esa luz llegó en el momento adecuado para él. Prados no sólo le guió poéticamente sino que le enseñó lo más importante: el valor de la amistad, esa amistad que José Luis derrochaba con romántico entusiasmo y visceralidad, y de la que sabemos a través de las numerosas cartas que le fueron enviando poetas de muy distintas generaciones, le enseñó *la vida del espíritu, la vida interior que nunca muere*.

En 1997 Cano publicó su último libro, las *Cartas desde el exilio* que le dirigiera Prados desde México. Son cartas que constatan no sólo la soledad y la nostalgia dolorosa del remitente sino la inmensa autenticidad del destinatario, inquebrantable en el tiempo. Dice Emilio en una de ellas, fechada el 27 de diciembre de 1946:

-[...] Yo sí, no hubiera tenido jamás una pureza ante los ojos, tan completa, sin tu conocimiento... Y veo hoy -este premio me lo trae Dios, después de tanto dolor-, que eres igual. Tú sí que eres como una bahía: bahía de alto cielo transparente, en donde yo vivo hoy. Han pasado años y años, tu dices que quince, yo ni lo sabía y aun hoy casi [no] lo sé... "Un solo día ha sido todo el tiempo", digo yo en un verso antiguo, no sé si de aquella época. Pero hoy siento la verdad de él, cuando te tengo y veo tu alma, como entonces. Porque yo he seguido hablándote siempre y seguiré ya toda la vida contigo. Si te has salvado hasta tu edad de hoy, -el cruce más peligroso de la sangre- ¿cómo no vas a seguir ya, flor y fruto a la vez, de tu bondad desbordante? José Luis, hijo, hermano, ¡qué feliz me haces hoy llenando con tu luz mi soledad inmensa! Eres niño; siempre el mismo niño aquel de Málaga. ¿Cómo voy a ser yo el que te dio a conocer la vida y la Poesía?... Dios la dejó correr por el caudal sereno de tu sangre y abrió su fuente con tu nacimiento... Y tú has dejado llevar esas aguas palpitantes a su curso normal a hacerse mar, cielo otra vez y fuente. Así tu eternidad se realice como es tu destino. [...]

Prados significó mucho para José Luis: le debe el descubrimiento de la poesía, su amor a la palabra en la expresión más elevada. Su vida también, de alguna forma, fue un ejemplo de ser poeta y hombre, de bondad y entrega, de lealtad a los amigos. Y estos rasgos, todos, los compartió también él con absoluta dedicación y entusiasmo.

¿Vivimos para recordar? ¿Cómo podría el hombre evolucionar sin memoria? ¿Y cómo fijar la memoria en el tiempo? ¿Con las palabras, con unas notas, con una materia que se hace forma? La lucha de siempre contra la fugacidad, la lucha del artista, del poeta, por vencer la verdad sobre el olvido, la experiencia gozada o padecida sobre la indiferencia. La persecución interminable de algo que nos consuele, que nos crezca como hombres, nos enseñe... la *persecución de la palabra*, esa *lana marchita* que escribiera Aleixandre y que José Luis citó en su poema "Miseria de la palabra" de sus *Poemas crepusculares*:



De izquierda a derecha: Tomás García, Darío Carmona y José Luis Cano (Málaga, 1920). (Archivo A. Sanz)

*Así te veo ahora, palabra marchita,
aferrándote tercamente a tus cansadas letras,
consciente de tu miseria y tu impotencia.
Palabra hermosa ayer, hoy apagado estiércol,
llama extinta, agua muerta
que huele a orín y cieno.
Palabra deshabitada como papel estéril
que es consciente de su falaz materia,
de su cuerpo ya exangüe
como carroña que el osario espera.*

El poema es un fruto de la necesidad -al menos así debiera ser siempre-, de la necesidad profunda de comunicar algo, en su esencia más iluminadora, más cósmica e imperecedera. Ser poeta no es escribir versos robados a la mentira, es una forma de vida, como, de la misma forma, el romanticismo no es una época sino un sentimiento que trasciende todas las épocas. Si el poema no es capaz de transmitir *verdad* al lector es un poema inútil.

Ponencias

Si Prados fue decisivo en la formación humana y poética de José Luis, no menos decisiva fue su amistad con Vicente Aleixandre, al que conoció en Málaga, en 1929, con motivo de una visita que éste hizo para saludar a Emilio y Manuel Altolaguirre, quienes, un año antes, le habían publicado, en los suplementos de *Litoral*, su primer libro, *Ámbito*. Años después, en 1931, cuando se traslada a Madrid para realizar sus estudios universitarios, le llama por teléfono, recordándole el breve encuentro. “Aquello no cuenta. Tiene usted que venir a verme”, le responde Aleixandre, a la vez que le da todo tipo de detalles para llegar hasta su casa de la calle Velintonia, 3, en el parque Metropolitano, cercano a la Ciudad Universitaria. En esa Casa de la Poesía -que José Luis, junto con algunos amigos, intentó salvar del olvido institucional y de la ruina, con una campaña iniciada en 1995 y en la que se recogieron más de un centenar de firmas de distintos poetas e intelectuales de este país- conoció a Cernuda, a Miguel Hernández, a Neruda... Sin embargo, no sería hasta después de finalizada la guerra, ya a partir del verano del 39, cuando Cano intima verdaderamente con Aleixandre, ya en la casa del poeta o en la tertulia del ya desaparecido café Lyon de la calle de Alcalá, frente a Correos. En este café, cada jueves, finalizada la sesión de la Academia, se reunieron, durante muchos años, además de Vicente, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, José Antonio Muñoz Rojas, Carlos Bousoño y Carlos Rodríguez Spiteri. En abril de 1986 José Luis publicaría, fruto de estos encuentros, *Los cuadernos de Velintonia*, libro que recoge -sin ninguna pretensión literaria- las notas que fue tomando -desde los años 50 hasta el mismo año de su fallecimiento en 1984- de sus conversaciones con el autor de *Sombra del paraíso*. Es éste un documento de excepcional interés ya no sólo para adentrarnos en la vida y obra de Vicente Aleixandre sino para conocer la vida literaria y socio-política de la España de aquel entonces.

Dos años después de la publicación de *Los cuadernos de Velintonia*, vería la luz el esperado *Epistolario* de Vicente Aleixandre, en el que se recoge el más de un centenar de cartas que el poeta le dirigió a José Luis durante más de cincuenta años. Epistolario de un acentuado lirismo, en el que queda patente esa amistad sin mácula que los unió y que supieron enriquecer con envidiable fortuna.

La amistad -me decía José Luis- no tiene precio. Lo que se tiene, tiene valor, únicamente, porque puede compartirse con alguien que nos entiende. Sin el amigo, sin esa presencia viva y vivificadora, atenta y comprensiva que sabe de nosotros, de nuestra debilidad y de nuestra fuerza, sin ese abrazo profundamente sincero que llega en el momento justo como una lluvia refrescante, sin esa mirada de complicidad, sin esas palabras precisas que nos salvan de la incertidumbre o del dolor, sin esa preocupación verdadera por nuestro quehacer cotidiano o por nuestra intimidad, nada, nada merece la pena. La soledad es siempre terrible aun cuando el hombre, por naturaleza, está siempre solo. La única forma de salvarse de ella es compartirla con el amigo.

De las aventuras literarias y editoriales más importantes de esta segunda mitad de siglo, José Luis Cano ha conducido con notable éxito dos de ellas: la colección ADONAI de poesía y la revista *Ínsula*.

En ADONAI no intervino el azar, la casualidad. Es lógico pensar que para una empresa editorial de este tipo concurren una serie de voluntades. La más importante, la de ofrecer una posibilidad a tantos jóvenes poetas de ver su obra impresa, de darla a conocer con independencia. Las revistas literarias que surgieron terminada la guerra, como la valenciana *Corcel*, nacida en 1942, cumplían tenuemente ese cometido. La idea de José Luis era poner en marcha algo parecido a lo que hiciera Prados con los suplementos de su revista *Litoral*, o Manuel Altolaguirre, con su colección *Héroe*, que frustró la guerra civil.

A pesar de que no eran buenos tiempos aquellos de 1943 para publicar poesía -si es que hay algún tiempo bueno para hacerlo sin que uno no acabe poniendo dinero de su bolsillo o entrando rápidamente en números rojos-, José Luis lo consideró necesario, y se entregó con desmedido entusiasmo a esta insegura empresa. Por sugerencia de Rafael Montesinos, se decidió el nombre de ADONAI, en memoria de la célebre *Elegía* del poeta inglés Shelley a la muerte de su amigo Keats, que Cano conoció por la traducción que de ella hiciera Manuel Altolaguirre para su colección *Héroe*. Cuando José Luis fue a visitar



Arriba: En el domicilio de José Luis Cano, momentos antes de iniciar una concentración en la que fuera la casa de Vicente Aleixandre (24 de marzo de 1995) **Abajo:** Momentos después ante la casa de Aleixandre en la calle Velintonia, 3, concentrados con objeto de salvarla del olvido y transformarla en sede de la Fundación Vicente Aleixandre. (Archivo A. Sanz)

Ponencias

al, por entonces, Director General de Información, Juan Aparicio, con objeto de conseguir que autorizara la publicación, éste puso duras objeciones al nombre, porque “Adonai” -sin la “s” final- era uno de los nombres hebreos de Dios. Hasta que el propio Cano no llevó la edición inglesa del *Adonais* de Shelley, para comprobar que no era una burla a la divinidad, no se dio luz verde al proyecto.

Aunque ya tenía el título de la colección y los nombres de los primeros poetas que la iniciarían, aún le faltaba el editor. Fue entonces cuando Vicente Aleixandre invitó a José Luis a que hablara con Juan Guerrero Ruiz -el Cónsul General de la Poesía como le llamaba Federico García Lorca-, ya que acababa de fundar la Editorial Hispánica, y ofrecía muchas garantías de que le pudiera interesar el proyecto. Fue a verle a su casa de la calle Hermosilla, donde guardaba todas las primeras ediciones, no sólo de su amigo Juan Ramón Jiménez sino de toda la Generación del 27, y le explicó el proyecto. Le interesó tanto desde el principio que, en la primavera de 1943, salió a la luz el primero de sus títulos, los *Poemas del toro* de Rafael Morales. ADONAI se sumaba así a la Editorial Hispánica, cuyo objetivo fue, desde su creación, editar libros de poesía.

Tal fue la acogida de este primer título, de un joven poeta desconocido, con prólogo de José María de Cossío, que quedó asegurado el futuro de la colección en los años siguientes, a la vez que en ese mismo año de 1943 ya se pudo convocar el afamado, durante mucho tiempo, premio ADONAI para poetas jóvenes. En el jurado de ese año -del que luego formarían parte poetas como Vicente Aleixandre o Dámaso Alonso- se encontraban Gerardo Diego, Leopoldo Panero, Enrique Azcoaga, Juan Guerrero Ruiz y Rafael Ferreres. Los ganadores, al alimón, fueron Vicente Gaos, José Suárez Carreño y Alfonso Moreno, cuyos poemarios no tardaron en incorporarse a la colección.

La idea sustancial de ADONAI era que toda corriente poética, alejada de grupos, tuviera oportunidad de publicar sus libros, pero también que recordara a los clásicos y a los autores principales de otros países, como Eliot, Whitman, Rimbaud, Rilke o Hölderlin. En la colección aparecieron también libros de poetas garcilasistas y neorrománticos, que dominaron en los años 40. La adhesión y el apoyo de muchos poetas del 27, como Aleixandre, Dámaso Alonso o Gerardo Diego, afianzaron aún más el éxito de ADONAI. Hay que pensar que aparecía cada mes uno de sus tomos, y que así fue, más o menos, durante más de veinte años en que José Luis estuvo al frente de la colección, hasta 1963, en que, un poco por cansancio y porque otras tareas como la revista *Ínsula* absorbían su tiempo, decidió dejar la dirección. Por otra parte, y aunque en una corriente muy distinta de la original, ADONAI ha sido la única colección de poesía, superado ya el medio siglo desde su fundación, que aún resiste los difíciles avatares del mercantilismo editorial.

En 1954, para celebrar la publicación del tomo centésimo, Vicente Aleixandre prologa la que va a ser la *Primera Antología de Adonais*. En esas páginas iniciales, el maestro de Velintonia recuerda el origen mismo de la colección:

[...] Cuando José Luis Cano me habló, a principios de 1943, de su propósito de fundar una colección de poesía, recuerdo lo primero que creí percibir: fe y voluntad. José Luis Cano es fino de cuerpo, pálido de rostro; dos chispas retiradas brillan apenas tras los quietos cristales. Pero yo recuerdo la doble férrea sensación que, como un relámpago tenaz, me transmitieron unas pocas palabras.

Y no era necesario menos. La primera oleada de poesía después de 1939 parecía a la sazón encarnizada en un formalismo insistido, preciosista, que si en su origen había producido versos bellos, estaba ya convirtiéndose en una fórmula, repetible en cadena sin fin. Y, como toda fórmula mecanizada, dispuesta a durar hasta la consumación de los tiempos. Recuerdo, entonces, haber oído a jóvenes impacientes tristes vaticinios sobre la continuidad de nuestra poesía. Pero esto es tema aparte, porque todo es continuidad.



C/ Prado, 4 - Telf.: 91 429 33 61 - MADRID

From: 14:00 h. to 2:00 h.
Horario: De 14:00 h. a 2:00 h.

*In 1984 «Salón del Prado»
brought back the essence
of the traditional Spanish cafe
and linked in to the notes
of the best music
of all times...*

*Set up in the emblematic
«Barrio de las letras»
it has been there ever
since for enjoyment
of Madrilenians
and visitors.*

*En 1984 «Salón del Prado»
resucitó la esencia del
tradicional Café Español
y la fundió con las notas
de la mejor música de todos
los tiempos...*

*Lo hizo en el emblemático
«Barrio de las Letras» y,
desde entonces,
continúa allí para
disfrute de madrileños
y visitantes.*



Tertulia de José Luis Cano en su última ubicación, el Salón del Prado (octubre de 1995). (Archivo A. Sanz)

Ponencias

Sólo un ánimo informado, asistido, entre otras virtudes, de una alerta intuición, podía auscultar debajo del monótono fragor del severo silencio, y, más hondo aún, el rumoroso germinar de las nuevas labores, que, a punto de irrumpir, habían de ir formando, con lo positivo inmediatamente anterior, la poesía de los años cuarenta.

Éste es, entre otros, un mérito de José Luis Cano: concebir su colección en el instante justo. Presentir el nacimiento de la nueva lírica y adelantarse a darle su continente y su órgano: una fresca, valiente colección de poesía que quería alimentarse y servir a las obras futuras de los jóvenes poetas. Y esto sin ningún prejuicio de escuela, pidiendo sólo autenticidad y limpieza; dispuesta a abrirse, representativamente, a todo el posible ámbito de la actividad.

La fe era doble. Por un lado, en la obra misma no nacida aún, intuita como inminente, y con la vastedad y variedad necesaria para justificar y dar cuerpo a una biblioteca sucesiva de poesía. Por otra parte, fe en el poeta pasivo, en una masa de lectores suficiente como para alentar, sostener y también justificar una colección duradera, fenómeno que, si cuajaba, mostraría algunas fértiles enseñanzas. [...]

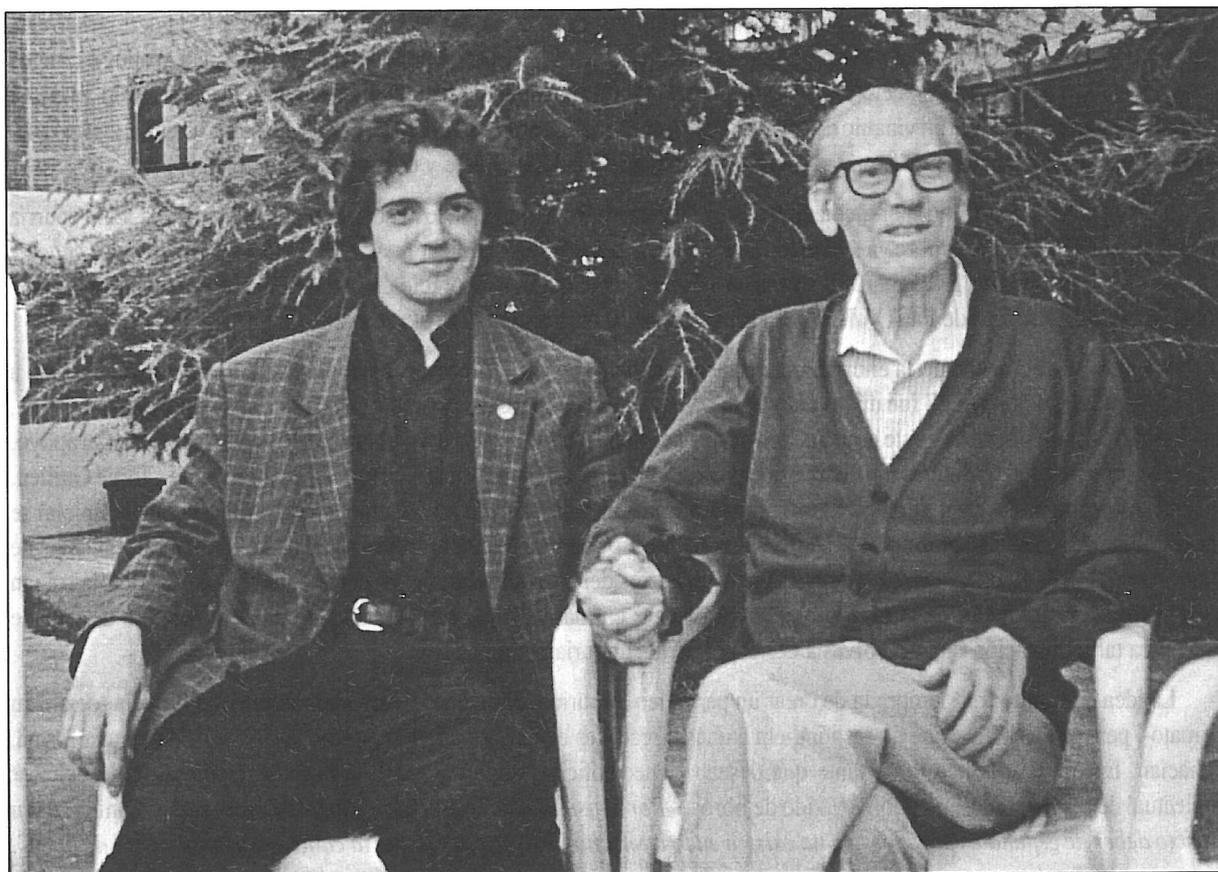
En 1963 Vicente Aleixandre festeja, de nuevo, con otro prólogo, la *Segunda Antología de Adonais*, su número ducentésimo:

[...] José Luis Cano, desde 1943, es el único que no ha cambiado. Su mano sigue sosteniendo con firmeza unas cuartillas de renglones cortos que van enseguida a transformarse en páginas impresas y encuadernadas. ADONAIIS ha continuado su programa: servir. [...]

Y bien cierto es todo: muchos de los poetas de esta segunda mitad de siglo que ya, posiblemente, pasen con gloria a la historia de nuestra literatura, o a su memoria silenciosa, fueron descubiertos o publicados en las páginas de ADONAIIS, y no sólo de esta segunda mitad de siglo que ya acaba, sino de antes. El mismo Aleixandre publica en esta colección, en 1946, la segunda edición, ampliada y corregida, de *Pasión de la tierra*, que ya había visto la luz, pero en edición muy limitada, en México en 1935, y Gerardo Diego, en 1943, sus *Poemas adrede*.

Sólo cabe entender una aventura de este tipo, en tantos años, por el agudo sentido crítico de José Luis, que supo descubrir las voces nuevas y con acento propio de nuestra lírica más contemporánea; sólo cabe entender la permanencia de esta colección por su calidad, reflejada no sólo por sus autores sino por la misma austeridad formal de sus volúmenes. Ninguna vanidad tipográfica, ningún diseño preciosista. La palabra en su verdad y en su desnudez poética, la palabra que ha encontrado su permanencia en la memoria impresa.

De la lista interminable de autores premiados por ADONAIIS conviene recordar a algunos de ellos: José Hierro, en 1947, por su poemario, *Alegría*; Claudio Rodríguez, en 1953, por *Don de la ebriedad*; José Ángel Valente, en 1954, por *A modo de esperanza*; Ángel González, con una accésit, en 1955, por *Áspero mundo*; Francisco Brines, en 1959, por *Las brasas*; Félix Grande, en 1963, por *Las piedras*; Diego Jesús Jiménez, en 1964, por *La ciudad*; etc. Pero no sólo fueron autores españoles los que llenaron el catálogo de esta singular colección. ADONAIIS dio a conocer a muchos poetas extranjeros, en traducciones, hoy, de referencia obligada, como los *Poemas* de T. S. Eliot, traducidos por Dámaso Alonso, Leopoldo Panero, José Antonio Muñoz Rojas, el propio José Luis Cano y Charles David Ley; *Adonais* de Percy B. Shelley, en traducción y notas de Vicente Gaos; *Cantando a la primavera* de Walt Whitman, en traducción y notas de Concha Zardoya; los *Poemas* de George Trakl, en traducción de Jaime Bofill y Ferro; los *Doce poemas* de Hölderlin, en traducción y prólogo de José María Valverde; y así otros tantos nombres como Elizabeth Barret Browning, Paul Claudel, Dylan Thomas, Paul Valéry, Yeats,



José Luis Cano en compañía del autor (19 de septiembre de 1994). (Archivo A. Sanz)

Fernando Pessoa, Apollinaire o Erza Pound. Una colección que sirvió para que muchos lectores descubrieran por vez primera a estos poetas.

Se ha de escribir con necesidad y arrebató, pero también con seguridad y reflexión. No tiene sentido quemar palabras en algo que no nos conmueve, que no nos alcanza o a lo que no llegamos, por lo que no sentimos amor. Manuel Alvar decía que José Luis se denunciaba, como maestro, en lo que escribía. Y escribía para despertar ilusión hacia la obra -que es lo que no despiertan muchos maestros de hoy-, escribía para divulgarla pero, sobre todo, para compartirla, para compartir esa ilusión permanente del descubrimiento con sus lectores. José Luis siempre ha escrito sobre aquello que, desde su modestia y bondad, podía salvarse, nunca sobre lo insalvable. Porque escribía con fe en algo: en un poema, en un autor, en una idea, en un sentimiento. Y ahí quedaba, sobre esas palabras de nuevo, como un halo de autenticidad inmarcesible. Palabras que nacían de la convicción, nunca de la responsabilidad literaria o del favor a alguien. Por eso, creo, es por lo que recordamos bien a una persona, por la *verdad* que puso en su vida y en lo que hacía, por ese impulso ilusionado hacia la obra bien hecha.

En el año mismo del alumbramiento de ADONAI, 1943, un profesor de francés de Instituto que había perdido su cátedra al terminar la guerra, fundaba una librería, en la madrileña calle del Carmen, con el nombre de "Ínsula". Se trataba

Ponencias

de Enrique Canito. Él hubiera deseado ser profesor en la Universidad, trabajar activamente en ella, pero la guerra trabó este sueño. Hubo de empezar una vida nueva, y qué mejor oficio, afín a sus ideales, que el de vender libros. Un grupo de amigos le animó a ello. La idea principal era la de importarlos. Pero Canito no entendía una librería que se dedicara sólo a vender libros. Deseaba que existiera un vínculo de contacto, de comunicación, entre sus clientes. Quería, ni más ni menos, una revista, pero una revista de características muy especiales en esos años: independiente y con un tono siempre abierto.

Y llamó a José Luis Cano -por mediación de Juan Guerrero Ruiz- para que le ayudara a ponerla en marcha. Esto ocurría en septiembre de 1945, en octubre ya tenían la autorización necesaria para publicar *Ínsula. Revista Bibliográfica de Ciencias y Letras*. El 1 de enero de 1946 aparecía su primer número: ocho páginas al precio de una peseta con cincuenta céntimos. Sobre la portada una foto de Paul Valéry y Rilke, y otra de la Argentinista ante el retrato de Goya "Alcalde de barrio".

Siempre se ha comentado la enorme importancia que tuvieron para *Ínsula* sus colaboradores. Se ha llegado incluso a decir que la Generación del 27 fue un invento de la revista. Ateniéndonos a lo primero puede que sí ya que, efectivamente, muchos de los componentes de este grupo de oro de nuestras letras, participaron con sus artículos, sus poemas y con su apoyo, desde los orígenes: Pedro Salinas -que había sido profesor de Enrique Canito en la Málaga de los años veinte-, Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Luis Cernuda o Emilio Prados. *Ínsula* los vinculó a todos. En este núcleo inicial se encontraban, además, nombres como Ricardo Gullón, Alonso Zamora Vicente, Julián Marías, Julio Caro Baroja, Blas de Otero, Leopoldo de Luis, Concha Zardoya, y viejos maestros del 98 como Ramón Menéndez Pidal, Azorín, Baroja o Juan Ramón Jiménez, fiel lector de la revista que envió poemas en más de una ocasión, aunque una errata en uno de ellos le provocara tal indignación que no volvió a corresponderles literariamente.

La idea de Canito fue siempre la de crear un periódico literario, como tantos que se editaban ya en Francia -de ahí su formato-, pero un periódico que no respondiera a unas directrices de partido, como ya todas las revistas, de alguna forma, lo hacían. Existía un público importante que deseaba tener noticias, dentro y fuera de nuestras fronteras, del quehacer intelectual de los españoles, un público ávido de libros. "*Por consiguiente, Ínsula fue el cumplimiento -según Canito- de un estricto deber de españoles para los que no existen en lo intelectual más fronteras que la calidad y la honestidad de fines*".

El ambiente cultural de aquella España de 1946, salvo en poesía -con un alto nivel gracias a Aleixandre, Dámaso y Gerardo, a los poetas de la generación del 36 y a los de la nueva generación surgida en los primeros años de la posguerra- era bastante pobre. Centenares de artistas, escritores y científicos se hallaban ya, desde hacía tiempo, en la sombra del exilio y apenas tenían contacto con nuestro país. Sus nombres estaban excluidos. Vicente Aleixandre cuenta, en un emotivo documento sonoro, cómo hubo de padecer también él su exilio interior -a consecuencia de la enfermedad que le acompañó durante su vida-, y cómo durante algunos años ni siquiera pudo citarse su nombre, menos autorizar la venta de sus libros. En ese destierro interior escribió *Sombra del paraíso*.

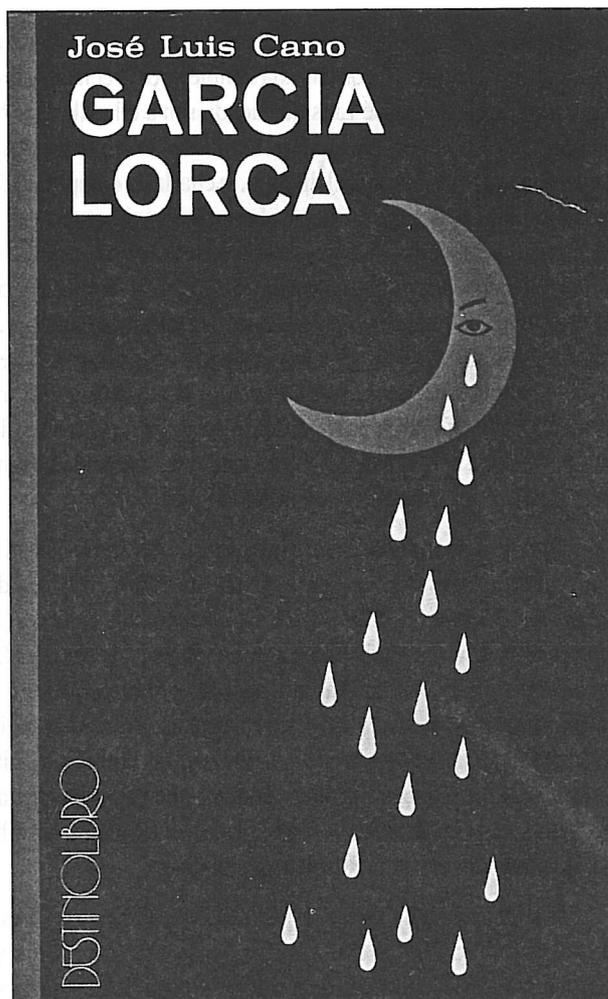
Uno de los principales escollos que tuvo que evitar *Ínsula* fue la censura, pese a que la publicación no tocó temas que no fueran estrictamente literarios. El momento quizá más difícil llegó en enero de 1956, cuando el Director General de Prensa, Juan Aparicio, decidió suspender la revista, por ser, en sus palabras, "*una publicación demasiado orteguiana y peligrosa para el orden del Estado*". (En ese mes, aclaro, se lanzó un número consagrado al pensador español con motivo de su muerte.) "*El pretexto administrativo —decía Canito— no era válido, pero como a la sazón no existía una Ley de Prensa, como ahora, no había instancia superior a quien elevarse sobre el criterio de quien la suspendió*". José Luis Cano empezó entonces una campaña con el objetivo de salvar la publicación, que duró nada menos que once meses. Vicente, Dámaso, Aranguren, Laín Entralgo, y muchos más intelectuales y poetas, indignados, se solidarizaron rápidamente con él y con el equipo. En enero de 1957, y gracias a que el nuevo Director General de Prensa, Juan Beneyto, era amigo y lector de *Ínsula*, la revista pudo, de nuevo, ver la luz.

La primera vez que acudí a visitar a José Luis en su casa de Madrid de la calle Hortaleza, observé, entre los numerosos retratos de sus amigos más queridos y un envejecido mapa de Algeciras, un pequeño cuadro que reproducía, en blanco y negro, el famoso cuadro del pintor Antonio Gisbert Pérez, el "Fusilamiento de Torrijos y sus compañeros en las playas de Málaga", una de las más bellas expresiones de toda la pintura histórica española en defensa de la libertad del hombre. Y por eso estaba ahí, como presidiendo esa pared de retratos - comprendería más tarde-, porque sólo desde la libertad y desde el amor a esa libertad, de ser y de expresión, José Luis ha dado verdadero sentido a su vida, sólo desde esa libertad, a la que ha servido, ha podido escribir y poner los medios necesarios para que otros lo hicieran. *Ínsula* sirvió para que algunas voces sonaran de nuevo con dignidad, para descubrir otras que pronto lo harían, para decir y comunicar la susodicha *verdad* de algo.

Desde aquel primer número -en el que aún no existía el logotipo verde que dibujara ya para el siguiente el pintor Carlos Pascual de Lara- hasta muchos años después, *Ínsula* sirvió de puente entre las culturas de habla hispana y entre la literatura del interior y la del exilio. Era una revista que se esperaba con expectación, una revista buscada por todos los amantes de la literatura y del saber, un espacio de libertad al alcance de todos, que contribuyó, inestimablemente, a difundir la cultura española en unos años muy difíciles. "Fue -en palabras de Aleixandre- un destellar en la línea del horizonte y un aliento para los que hacían lo que parecía tan difícil: crear desde su propia fe". Así como ADONAIIS descubrió a nuevos autores extranjeros en sus volúmenes, *Ínsula* hizo lo propio -el capitán era el mismo-, habló de ellos -se puede decir que por vez primera en España-: de Bertold Brecht, de Miguel Ángel Asturias -al que se le entrevistó en el número 93-, de Max Aub o de Samuel Beckett.

Cuando Cano -remontándonos otra vez a los orígenes- decide hacerse cargo de esta empresa o de la consecución de este sueño editorial, quiere -coincidiendo con Canito- que los escritores encuentren un espacio de libertad donde hacer literatura, una ventana abierta al mundo de las letras, una 'ínsula' rodeada de esperanza.

En los primeros años de mi amistad con él, le pregunté por qué no escribía ya poesía, la respuesta fue sincera: *la poesía me ha dejado*. Tal vez fuera así, uno no escoge nada, uno no decide el camino a seguir, a uno lo abandonan con frecuencia, se van los amigos con los que compartimos momentos inolvidables y hemos de soportar, solos, el peso, hermoso o terrible, de nuestra propia historia. Pero lo cierto es que la poesía no le abandonó nunca. No podría escribirla -por lo exigente que fue siempre con su propia obra-, pero nunca le dejó. Y esa exigencia, aprendida desde su niñez con sensibilidad, fue la que contribuyó a que estos dos proyectos editoriales pervivieran, bajo su atento cuidado, decenas de años.



Potada de la edición de bolsillo (1974) de la biografía de García Lorca.

Ponencias

José Luis Cano fue siempre fiel a sus amigos; a la amistad, a la belleza, a la poesía y a las tertulias. En la misma librería de la calle del Carmen, 9, con entrada también por Preciados, 8, se celebraba, todos los miércoles, la tertulia de *Ínsula*. Muchos fueron los amigos de José Luis que acudieron a ella, algunos hoy desaparecidos. Se hablaba de literatura, pero también de la situación política del país, de los exiliados. Los libros servían de muros a la ignorancia de los espías y censores. En ese clima siempre propicio para el diálogo, la charla, la complicidad y la reflexión, José Luis avanzaba con entusiasmo sus nuevos descubrimientos literarios, o hacía alguna valoración sobre tal o cual obra, o escuchaba con atención verdadera a algún joven poeta. Era aquél un rincón único, con escenografía casi teatral: muchos libros rodeándolo todo y pocas sillas. Un espacio por el que desfilaron Pablo Neruda, Miguel Ángel Asturias o Rosa Chacel. Las circunstancias obligarían a desplazar la tertulia de este lugar con el paso de los años. Tertulia que aun hoy, aunque con un tono muy distinto del originario, se sigue manteniendo en el Salón del Prado de Madrid y a la que asisten, entre otros, el pintor y dibujante valenciano Ricardo Zamorano -genial ilustrador de *Ínsula* y de numerosos poetas-, los escritores Antonio Ferres, Eugenio Suárez-Galbán, Antonio Pereira; o Antonio Nuñez -que fuera Secretario de la publicación desde 1973 en que Enrique Canito se jubiló-; y jóvenes poetas y estudiantes que se asoman por curiosidad, una curiosidad exenta de participación y, menos, de fidelidad -la que sirve para, entre otras cosas, asegurar la continuidad de algo.

Otro de los logros de *Ínsula* -no hay que olvidarlo- fue el de la publicación de ensayos completos que, por espacio, no tenían cabida en las páginas de la revista, y poemarios de muy distintos autores. Hay que recordar títulos como *Cinco poetas del tiempo: Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, José Hierro, Carlos Bousoño y Francisco Brines*, de José Olivio Jiménez; *Juan Ramón de viva voz*, de Juan Guerrero Ruiz; *En el texto de Garcilaso*, de Alberto Blecua; *Estudios sobre poesía española del primer siglo de oro*, de Antonio Gallego Morell; *La poesía de Vicente Aleixandre*, de Carlos Bousoño; o *Cisne sin lago: Vida y obra de Enrique Gil y Carrasco*, de Ricardo Gullón. Y libros de poesía, como la segunda edición ampliada de *Ocnos*, de Luis Cernuda; *Palabras a la oscuridad*, de Francisco Brines; *Nacimiento último*, de Vicente Aleixandre; o *La casa deshabitada*, de Concha Zardoya. Todos estos libros conservaban la tipografía y austeridad que caracterizó a *Ínsula*. Dos tintas tan solo sobre la portada: negra y roja. Y el logotipo del dibujante Carlos Pascual de Lara, que falleció en plena juventud y al que hubo de sustituir Ricardo Zamorano.

José Luis tenía un interés especial en la publicación de estos libros. La idea ya la había heredado, de alguna forma, de su amigo Emilio Prados con *Litoral*. Quiso ampliar así los vastos dominios de *Ínsula* con publicaciones paralelas que continuaran con la labor de difusión del sentir y del saber poético, tanto de autores desconocidos como de los ya consagrados. Nada debía perderse. Todo lo que fuera palabra auténtica tendría espacio en *Ínsula* porque pretendía *hacer memoria* de ella.

No quisiera centrarme, única y exclusivamente, en ADONAI y en *Ínsula* para referir la vida de José Luis Cano. Su obra -todos lo sabemos- ha dado importantes títulos, que han servido para acercarnos, con profundidad y rigor, a muchos autores y varias épocas y generaciones. La fortuna, correspondida, de ser amigo verdadero de muchos de ellos le sitúan en una posición ejemplar para el análisis literario. Como antólogo ha mantenido un criterio increíblemente acertado en el tiempo. Como crítico, biógrafo y ensayista, no menos.

Su primer libro de ensayo se publica en 1955: *De Machado a Bousoño. Notas sobre poesía española contemporánea*. En la nota preliminar del mismo dice José Luis:

He querido reunir en él una serie de notas y comentarios sobre figuras y motivos de la lírica española contemporánea, que han ocupado buena parte de mi quehacer crítico en los últimos diez años. No se trata, en absoluto, de un panorama -pues, como el lector advertirá enseguida, faltan figuras esenciales y otras están tratadas de modo insuficiente-, ni siquiera de un libro de crítica proyectado con unitario rigor. Si me he atrevido a agrupar estas notas en un volumen, ha sido pensando sólo en que acaso puedan ser útiles al futuro historiador

de nuestra poesía contemporánea como material de información y como referencia de un lector que ha vivido con intensidad un momento apasionante de la historia poética española.

En 1960, la editorial Guadarrama le publica *Poesía española del siglo XX*, que enlaza con la idea del anterior. En este libro -hoy agotadísimo y difícil de encontrar como casi todos los de él- se tratan nombres como Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez, Salvador Rueda, Federico García Lorca, José Moreno Villa, Pedro Salinas, Manuel Altolaguirre, José Antonio Muñoz Rojas, Luis Felipe Vivanco, Gabriel Celaya, Vicente Gaos, José Hierro, Claudio Rodríguez, Rafael Morales o Leopoldo de Luis.

Considerando la importancia que tuvo para él la figura de Lorca, al que conoció por vez primera en Málaga, presentado por Emilio Prados, le dedicó una muy documentada biografía que publicó la editorial Destino en 1962. En *Los cuadernos de Adrián Dale*, cuenta Cano la siguiente historia de ese primer encuentro en la adolescencia con el autor del *Romancero gitano*.

[...] Una mañana paseaba yo por la Acera de la Marina, y de pronto oí que me llamaban por mi nombre desde un café que allí existía, frente al puerto. Era Emilio Prados, y al acercarme vi que estaba con alguien. Emilio me presentó enseguida, sonriente, con una chispa de divertida satisfacción tras los cristales de las gafas (sabía bien que iba a impresionarme): "Federico García Lorca... José Luis Cano, poetilla." Emilio nos decía siempre poetillas, con cariño de hermano mayor que ve al pequeño hacer sus primeros pinitos de poeta. Federico se echó a reír -fue lo primero que me impresionó de él, su risa ancha y generosa- y nos propuso que fuéramos a un merendero de El Palo, junto al mar. Tomamos un taxi (no le vi jamás tomar otra cosa que taxis para trasladarse de un sitio a otro). Cuando llegamos a El Palo era mediodía, y hacía calor. Nos quitamos la chaqueta y Federico pidió vino y chanquetes. Recuerdo que empezó a hablar de su madre, a la que adoraba. Nos contaba que, como era tan menuda, solía cogerla en volandas y mecerla como a una niña chica, y de pronto Federico que se levanta y que da grandes saltos accionando como si tuviera a su madre en los brazos e imitando sus gritos de susto: "¡Federico, por dios, que me matas!" Y Federico, recordándolo, reía a grandes risotadas con una chispa de humedad en los ojos oscuros. Después nos invitó a comer -qué emocionante, cómo se estremecían de júbilo mis dieciséis años, era la primera vez que me invitaba a comer un amigo, y ese amigo se llamaba Federico García Lorca, a quien tanto admiraba por su poesía. Yo estaba tan deslumbrado por aquella personalidad extraordinaria, que no hablé una sola palabra en toda la comida. Me contentaba con reír cada vez que él reía y escucharle con avidez. Emilio nos miraba a Federico y a mí, divertido, viendo el efecto que me causaba.

A media tarde regresamos a Málaga, y Federico preguntó a Emilio si había otros poetillas, para invitarles aquella misma noche a cenar. Emilio se encargó de preparar el lugar y de avisar a los poetillas. Nos reuniríamos todos en el mismo merendero de El Palo donde habíamos estado por la mañana. Los poetillas invitados éramos, aparte yo mismo, Tomás García y los tres hermanos Carmona: Darío, Gerardo y Manuel. La cena fue inolvidable, pues Federico, para divertirnos, se pasó todo el rato contándonos estupendas y fantásticas historias, casi todas subidas de color, de un realismo fresco y popular. Recuerdo que algunas las pasé al día siguiente a mi diario, pero aquel diario se perdió en la guerra del 36, y hoy, desgraciadamente, no recuerdo ninguna de ellas: sólo el impacto que me causaban, nuestra risa y nuestra libertad maravillosa en medio de la noche. Creo que viéndonos felices y rientes, Federico pasó un rato feliz él también. Era medianoche cuando terminamos de cenar, y alguien -quizá yo, el más tímido-, habló de volver a Málaga, pues los poetillas habíamos prometido a nuestras familias regresar a casa a las doce en punto. Pero mi insinuación fue rechazada como absurdamente ridícula, sobre todo por Emilio y Federico. Hacía

una hermosa noche. Luna llena. El mar allí, a nuestro lado, susurrando una caricia, era como una tentación. Fue Emilio quien propuso que nos diéramos un baño. Pedimos bañadores al dueño del merendero, quién debió pensar que estábamos locos. Y nos lanzamos al mar, que nos recibió misterioso, sereno, dulcemente tibio. Sólo Federico se quedó en la playa, sentado sobre una roca, soñando acaso con su Granada. Cuando nos vestimos e iniciamos el regreso a Málaga era más de la una. Habíamos perdido el último autobús y el último tranvía y tuvimos que volver andando por la carretera. Llegamos a Málaga después de las tres. Hasta entonces -tan maravillosa había sido la noche- no se nos ocurrió pensar que nuestras familias, las familias de los poetillas, estarían alarmadas por nuestro retraso. Y, en efecto, nos enteramos con espanto de que nuestros padres habían salido a media noche en nuestra busca, y habían recorrido lugares de diversión y casas de socorro. Mi padre, gobernador de Málaga a la sazón, había lanzado además a la policía para que nos buscara por todas partes, pero una pista falsa la había desviado a Torremolinos.

Cuando los poetillas llegamos a nuestras casas, nadie dormía en ellas. La reprimenda -y no sé si en algún caso la paliza- fue terrible y seguida de severísimas prohibiciones. A los pocos días, pasada la tormenta, pregunté a Emilio por Federico. Sólo me supo decir que al día siguiente de la hermosa reunión había desaparecido en un taxi para Granada.

José Luis Cano siempre sintió un cuidado muy especial en conservar todos aquellos recuerdos que le hicieron o definieron como persona y como poeta. Sin embargo le hubiéramos agradecido también más páginas sobre su propia e intensa vida intelectual, como testigo excepcional que fue de muchas generaciones.

En 1970, agotadísima la edición de *Poesía española del siglo XX*, decide publicar una parte de este libro, con algunos artículos nuevos, bajo el nombre de *La poesía de la generación del 27*. A estos títulos hay que sumar: *El escritor y su aventura; Antonio Machado; Poesía española contemporánea; Las generaciones de posguerra; Heterodoxos y prerrománticos; Españoles de dos siglos; De Valera a nuestros días; La circunstancia amorosa en "Historia del corazón" de Aleixandre; Vicente Aleixandre. Biografía y antología; Poesía española en tres tiempos; Los cuadernos de Velintonia*; y, más recientemente, *Los cuadernos de Adrián Dale. Memorias y relecturas*. Sin olvidarnos, claro está, de la edición de los epistolarios de Prados, Aleixandre o Cernuda, de las numerosas antologías, de las traducciones del *Manuscrito encontrado en Zaragoza* de Jan Potocki, y de los poemas de Rupert Brooke.

Como poeta, su obra, aunque significativa, no es tan abundante como la hasta ahora mencionada. Publica su primer poemario, los *Sonetos de la bahía*, en Madrid, en 1942, a los treinta años, en una edición de tan solo 500 ejemplares que él mismo hubo de costearse por 500 pesetas, ya que aún su nombre no era conocido. Ejemplares que terminó regalando.

Pero antes de esta aventurada incursión poética y editorial, ya su pulso de crítico le llevaría a escribir en la revista *Sur*. Una publicación de la que -aunque prometía mucho- no salieron más que dos números: en diciembre de 1935 y en enero-febrero de 1936. Revista que dirigió el algecireño Adolfo Sánchez Vázquez -Catedrático de Estética en la Universidad de México- y Enrique Rebolledo, y que fue financiada, fundamentalmente, por amigos de Emilio Prados y Bernabé Fernández Canivell. (Hay que decir que Adolfo Sánchez Vázquez permaneció en Madrid, durante el curso académico de 1935-36, en la Facultad de Filosofía y Letras, y que en ese periodo dirigió junto a José Luis Cano, una revista quincenal llamada *Línea*, de carácter socio-político, que ya aparece reseñada en el número 2 de *Sur*, y en la que escribieron Alberti, Bergamín y Ortega y Gasset.) José Luis colaboró en el primer número con un artículo titulado "Surrealismo y lucha de clases"; y en el segundo con una crítica, del también segundo libro de Vicente Aleixandre, *Pasión de la tierra*.

En *Sonetos de la bahía*, el tema sobre el que se despliegan sus versos no es otro que el de las playas de Algeciras, y muy particularmente la del Rinconcillo, donde vive con su primera novia -algecireña, a la que dedica el poemario- momentos de verdadero y apasionado esplendor juvenil. (Esta muchacha se llamaba Mari Pepa Díez. Sus iniciales aparecen, concretamente, en el soneto “La novia embriagada”).

José Luis recuerda en sus páginas la Isla Verde, los esteros de la desembocadura del Guadalquivir, a los contrabandistas de Palmones, a José Cadalso en esos “Cuatro sonetos al Peñón”, a su “novia del aire”, la escritora Carmen Bravo-Villasante, a la que conoce en la Facultad de Filosofía y Letras en el año 1941, y de la que se enamorarán prácticamente todos sus estudiantes.

En un texto que define su *poética* y que apareció publicado, en 1986, en los *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, José Luis Cano manifiesta:

[...] La poesía que a mí me gustaría hacer hoy es precisamente la que quiere guarecerse bajo ese melancólico retoño, nada desesperado sino resignadamente sereno, del árbol romántico. Sería una manera de volver de algún modo a mis románticos Sonetos de la bahía que vuelven a gustarme después de tantos años de olvido, pero sin quedarme, naturalmente, en ellos. Aunque quién sabe si, de la meditación sobre el tiempo –esa materia entretejida de amor y muerte- pasaremos quizá algún día a cantar una nueva fe en el hombre, o su decadencia y envilecimiento definitivos.

En una carta de Vicente Aleixandre a José Luis, fechada el 12 de enero de 1943, le dice, aludiendo a sus *Sonetos de la bahía*: *Querido José: me llega sorprendiéndome tu sobre, con su fina letra, y dentro, tu soneto. Ay, es el poema de ese concepto nuestro del amor, que yo, con frase cogida de otro reino, llamaría de “pesimista entusiasta”.* [...]

Dámaso Alonso, que prologó el libro en la segunda edición que se publicó en 1950, en la editorial Afrodisio Aguado de Madrid, junto con *Las alas perseguidas*, avanza, en hermosas pinceladas, su contenido:

Con mínima materia, con la paleta más reducida, ha compuesto José Luis Cano su libro de sonetos. Ninguna elevación áspera de la voz. El lector resbala por un paisaje elemental. La voz es nueva, muy matinal y temblorosa: del día recién lavado de la primera creación. Y esta voz nueva, ¡qué bien casa con toda la tradición musical de la mejor, de la “universal” Andalucía! No es el tostado Góngora; es Herrera el más fino, el peor comprendido Herrera, lo que evoco, y luego Bécquer, y luego Juan Ramón Jiménez. Es de ese dulcísimo, de ese inextinguible fuego andaluz, de donde a Cano se le inflama sedeño el endecasílabo; es de ese día virginal de donde le viene la entreluz de ligerísima miel cernida que palpita en el aire de su soneto, y es de esa fuente de melancolía el dulcecillo amargor que en los labios nos deja.

Sobre la luz dorada de la bahía, qué bella se desnuda la delicada, la difícil adolescencia del verbo. Enfrente el Peñón, la “roca sin amor”, requebrada como a lo árabe, cual una novia (como Algeciras en el Poema de Alfonso XI, o Granada en el Romancero); pero requebrada sin otro interés que el puramente poético:

*Y dime tu dolor bajo este viento
tu nostalgia de roca desposada
sin el calor de un andaluz acento.*

Y cerca, las tibias presencias del aire, el mar, el amor. ¡Qué tierna mañana del mundo, qué pura delicia evocan estos versos de un poeta del Sur, novio de su bahía!”

Ponencias

En este primer poemario, José Luis sigue, como bien adelanta Dámaso, a los poetas andaluces más universales (Herrera, Bécquer, Juan Ramón). Alude claramente al paisaje algecireño -fundiendo en él los recuerdos de su infancia más definitiva-, al mar y al amor en los que, con nostalgia, se baña.

En *Voz de la muerte*, que publica la Editorial Hispánica en Madrid, en 1944, y que fue escribiendo paralelamente a los *Sonetos de la bahía*, Cano rompe ya con el formato métrico anterior, se adentra en el verso libre y en el romance, para cantar uno de los temas más característicos de su obra poética: la muerte, o mejor, la ausencia. Ese vacío inexorable que va alimentándose, serena o brutalmente, de todo lo que tiene pulso. En este libro, escrito bajo el doloroso recuerdo de la cárcel (José Luis permaneció encerrado cinco meses -con veinticuatro años de edad- en la cárcel de Escopeteros, por pertenecer a la Federación Universitaria Española), y no sólo bajo el recuerdo de la cárcel, sino bajo el de la guerra misma y de todo lo que ésta conlleva: angustia y soledad, ausencia de lo que se ha perdido y de lo que, se sabe, perderemos, José Luis vibra con el acento existencial de la fugacidad.

En 1955, publica en Málaga, dentro de esa hermosa colección llamada "A quien conmigo va" -que dirijan José Antonio Muñoz Rojas, Alfonso Canales y Bernabé Fernández Canivell-, *Otoño en Málaga y otros poemas*. Poemario donde brilla la nostalgia en su serenidad más estética, y en donde nuestro poeta vuelve al tema de la soledad, a esa soledad que le forja a uno en el tiempo, soledad del que se busca.

Prados, en una carta, le dice sobre uno de los poemas de este libro:

[...] transparente, intangible como entonces. Así te veo en ese "Otoño en Málaga" [...] Tus versos guardan esa maravillosa cualidad de tu alma, en el aire. Tu otoño en Málaga; tu alma en otoño [...]

Otoño en Málaga y otros poemas, es una serena contemplación del que se busca en su historia, del poeta que quiere alcanzar la luz imposible del pasado, apresarla siquiera un instante, para, reviviéndola, hacerla presente. Pero, así como una tarde puede ser todas las tardes, un beso todos los besos, José Luis proyecta también al presente cotidiano esos ecos crepusculares de su paraíso perdido:

*Poca cosa es lo que hace falta a veces para sentir la dicha:
una luz, una flor, una brisa, una mano en la nuestra,
o esta tarde que parece de carne, de suavísimo nácár,
tarde entregada para un mirar lentísimo,
para despacio entrarla, como un sueño, en el alma,
para besarla pura, inmaterial, celeste.*

(“La tarde”, de *Otoño en Málaga y otros poemas*.)

Prados decidió el futuro literario de José Luis. Aquellas conversaciones, de las que no queda ya más que la certeza de que existieron, aquellos libros llenos de verdad como pocos, que generosamente le fue regalando y por los que conoció el mundo en su sangre y en su luz, desnudo, decidieron su destino. Y qué mejor testimonio de gratitud hacia Emilio que abrir *Luz del tiempo*, su poemario de madurez -publicado por Ángel Caffarena, en 1962-, con un poema, extenso y elegiaco, de los más cenitales que ha escrito José Luis, dedicado no sólo a él, sino que es él, el retrato emocionado del poeta y el amigo en 1929.

Luz del tiempo es como una continuación de *Otoño en Málaga y otros poemas*. Allí, la nostalgia, el paraíso perdido, la misma *sombra del paraíso* aleixandrino; aquí el tiempo, implacable como la muerte porque es muerte, la fugacidad, ese rayo entre dos oscuridades que nos alumbró un instante, ese instante que, como diría Vicente, *dura lo que la vida*.

*Nada sabes. Contempla, pues, y vive
esta belleza sola, puro sueño en el tiempo,
ento olvido lejano de un dios que así perdura.*

Éstos, digamos, son los libros de poemas de José Luis. En sus *Poesía Completas*, concretamente en la tercera edición de 1986, que publicó Plaza & Janés, se incluyen también, entre los *Poemas crepusculares* y *Retratos y evocaciones*, los secretos *Poemas para Susana*, libro que apareció en una limitadísima edición de tan sólo tres ejemplares y de forma anónima.

José Luis Cano ha escrito pues, relativamente, poca obra poética, porque dedicó su tiempo a muchos menesteres, humanos y literarios, y porque -ya lo he dicho con sus palabras- *la poesía lo elige a uno y le deja cuando quiere*.

Dos de los logros más importantes y decisivos de la historia literaria y editorial de este país, *Ínsula* y ADONAI, se llevaron a cabo, sin duda alguna, por ese romántico entusiasmo, esa exquisita sensibilidad y esa buena fe de poeta que siempre le caracterizó, y todo eso se hace con tiempo, con mucho tiempo e idealismo, tiempo que generosamente nos regaló a todos para alimentar la *memoria de la palabra*.

BIBLIOGRAFÍA DE JOSÉ LUIS CANO

Poesía:

Sonetos de la bahía. Madrid, 1942.

Voz de la muerte. Editorial Hispánica, Madrid, 1944.

Sonetos de la bahía y otros poemas. Afrodísio Aguado, Madrid, 1950.

Otoño en Málaga y otros poemas. Colección "A quien conmigo va", Málaga, 1955. (Reedición facsímil por la Diputación de Málaga, "Clásicos Malagueños").

Luz del tiempo. Cuadernos de María Cristina, edición de Ángel Caffarena, Málaga, 1962.

Otoño en Málaga y Luz del tiempo. Ediciones Rialp, col. Adonais, nº CCIX, Madrid, 1963.

Poesía. 1942-1962. Prólogos de Vicente Aleixandre y Dámaso Alonso, Plaza & Janés, Barcelona, 1964 (segunda edición, 1970).

Poesías completas. 1942-1982. Plaza & Janés, Barcelona, 1986.

Antologías poéticas:

Antología de poetas andaluces contemporáneos. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1962 (segunda edición, 1967; tercera edición, 1975).

Antología de la nueva poesía española. Gredos, Madrid, 1958 (segunda edición aumentada, 1964; tercera edición, 1968; cuarta edición, 1978).

Lírica española de hoy. Cátedra, col. Letras Hispánicas, Madrid, 1974 (séptima edición, 1982).

El tema de España en la poesía española contemporánea. Revista de Occidente, Madrid, 1964 (segunda edición, Taurus, 1979).

Antología de los poetas del 27. Espasa Calpe, Selecciones Austral, Madrid, 1982 (décima edición, 1995).

Ediciones y Antologías de poetas con prólogo y notas:

Antonio Machado: *Campos de Castilla*. Cátedra, Madrid, 1974 (séptima edición, 1981).

Antonio Machado: *Antología*. Ediciones Anaya, Salamanca, 1961.

Antonio Machado: *Antología poética*. Bruguera, Barcelona, 1982.

Antonio Machado: *Antología poética*. Planeta, Barcelona, col. Autores Hispánicos, 1986.

Manuel Machado: *Antología poética*. Ediciones Anaya, Salamanca, 1972.

Gustavo Adolfo Bécquer. *Rimas*. Cátedra, Madrid, 1960 (décima edición, 1983).

Nicasio Álvarez de Cienfuegos: *Poesías completas*. Castalia, Madrid, 1969 (segunda edición, 1980).

Dámaso Alonso: *Antología poética*. Plaza & Janés, Barcelona, 1973.

Vicente Aleixandre: *Espadas como labios*. La destrucción o el amor. Castalia, Madrid, 1972 (cuarta edición, 1989).

Ponencias

- Vicente Aleixandre: *Poemas paradisiacos*. Cátedra, Madrid, 1980.
Vicente Aleixandre: *Historia del corazón*. Espasa Calpe, Selecciones Austral, Madrid, 1983 (segunda edición, 1985).
Vicente Aleixandre: *Los Encuentros*. Espasa Calpe, Selecciones Austral, Madrid, 1985.
Miguel Hernández: *Poemas*. Plaza & Janés, Barcelona, 1967.
Blas de Otero: *País*. Plaza & Janés, Baecelona, 1971 (segunda edición, 1974).
Emilio Prados: *Diario íntimo*. Librería El Guadalhorce, Málaga, 1986.
Epistolario de Vicente Aleixandre. Alianza Editorial, Madrid, 1986.
Epistolario del 27. Cartas inéditas de Jorge Guillén, Luis Cernuda y Emilio Prados, Cátedra, Versal, col. Travesías, Madrid, 1992.
Emilio Prados: *Cartas desde el exilio*. Pre-textos, Valencia, 1997.

Crítica y ensayo:

- De Machado a Bousoño. Notas sobre poesía española contemporánea*. Ínsula, Madrid, 1955.
Poesía española del siglo XX. Guadarrama, Madrid, 1960.
García Lorca. Biografía ilustrada. Destino, Barcelona, 1962; Destinolibro. Barcelona, 1984.
El escritor y su aventura. Plaza & Janés, Prosistas de lengua española, Barcelona, 1966.
Antonio Machado. Destino, Barcelona, 1975; Biblioteca Salvat de Grandes Biografías, Barcelona, 1985.
Edición del *Poema del Cante jondo y Romancero gitano*. Espasa Calpe, Selecciones Austral, Madrid, 1983.
La poesía de la generación del 27. Guadarrama, Madrid, 1970 (segunda edición, 1973; tercera edición aumentada, Labor, Madrid, 1986).
Poesía española contemporánea. Las generaciones de posguerra. Guadarrama, Madrid, 1974.
Heterodoxos y prerrománticos. Júcar, Madrid, 1975.
Españoles de dos siglos. De Valera a nuestros días. Semanario y ediciones, Madrid, 1975.
Vicente aleixandre. Taurus, col. El escritor y la crítica, Madrid, 1977.
La circunstancia amorosa en "Historia del corazón" de Aleixandre. col. Esquíu, El Ferrol, 1980.
Vicente Aleixandre. Biografía y antología. Ministerio de Cultura, Dirección General del Libro, Madrid, 1981.
Poesía española en tres tiempos. Don Quijote, Granada, 1984.
Los cuadernos de Velintonia. Seix Barral, Barcelona, 1986.
Los cuadernos de Adrián Dale. Memorias y relecturas. Orígenes, Madrid, 1991.
Diario de un poeta desmemoriado. Arte y Cultura, Vélez-Málaga, 1992.
Diario de un poeta desmemoriado II. Arte y Cultura, Vélez-Málaga, 1993.

Traducciones:

- Jan Potocki: *Manuscrito encontrado en Zaragoza*. Alianza Editorial, Madrid, 1970 (cuarta edición, 1984).
Valery Larbaud: *Diario alicantino. 1917-1920*. Instituto Juan Gil-Albert, Alicante, 1984.
Rupert Brooke: *Poemas*. Signos, Madrid, 1992.